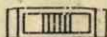


J O S E M A Z A

Panamericanismo Solidario



TALLERES GRÁF. SAN VICENTE
CONFERENCIA 635 - TEL. 91996
:: SANTIAGO DE CHILE ::



Senador
Don JOSE MAZA

Discurso pronunciado el 3 de Marzo de 1943 en el Senado de la República Oriental del Uruguay, por el Senador don José Maza, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile a la transmisión del Mando Presidencial en esa República, y versión de la sesión celebrada en su honor.

*Impresión mandada
hacer por sus amigos.*

P R O E M I O

Solamente algunas personas han tenido oportunidad de imponerse del elegante folleto impreso en Montevideo, por acuerdo del Senado Uruguayo, con la versión oficial de la Sesión especial celebrada por esa Corporación el 3 de Marzo de 1943, para recibir al Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile, en la Transmisión del Mando Supremo de la República Oriental del Uruguay, el Senador don José Maza Fernández, miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Chile y Presidente del Partido Liberal.

El Senado de la pequeña gran República del Atlántico hizo objeto a nuestro brillante Embajador de una distinción exclusiva al rendirle un homenaje tan significativo, de que no fueron objeto las demás Misiones Especiales.

Algunos amigos del Senador don José Maza han creído que la importancia de los discursos pronunciados en esa ocasión y, en particular, la transcendencia del discurso pronunciado por él, dada la doctrina internacional del "Panamericanismo Solidario", que plantea, merece ser difundida en el país y en el extranjero.

Tal es el origen y el objetivo de la publicación de este folleto.

El discurso del Senador don José Maza, que habrá de marcar época, — como ha expresado un rotativo de Santiago—, por la elegancia del estilo, y por la profundidad de los conceptos, introduce en el campo del panamericanismo, que a tantos excesos verbales se prestó en el pasado, un concepto sólido y efectivo. El panamericanismo planeado hasta ahora sobre una base política con un concepto casi unitario, y tendiente a la plasmación de una sola Nación o de un bloque federal de naciones, se ha demostrado en la práctica, tal como lo estableció el Senador Maza, un poco confuso y según nosotros, irrealizable en los presentes momentos. No están maduros los pueblos; no está preparado el Continente para tal realización. Pero, en cambio, tiene vida y vida rica y plena, lo que el Senador Maza llamó panamericanismo solidario, concepto sólido, concreto, y sobre todo, basado en una realidad de todos los días y, por consiguiente, innegable aún por los más reacios.

El Senador Maza, con su brillante alocución y con su labor en la vecina República, no sólo honró al país, sino que trazó una nueva senda de acercamiento internacional panamericano, senda llena de promesas en un futuro cercano y que ha de llevarnos, la medida que los tiempos y las circunstancias se hagan más favorables, a esa unidad que fué el ideal de los Libertadores de América.

Santiago de Chile, Marzo 23 de 1943.

CAMARA DE SENADORES DEL URUGUAY

SESION DEL 3 DE MARZO DE 1943

En honor del Sr. Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile, en Misión Especial, H. Senador

Don JOSE MAZA FERNANDEZ

PRESIDE EL DOCTOR ALBERTO GUANI

* * *

S U M A R I O

- 1.—Asistencia.
- 2.—Entra a Sala el señor Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile, en Misión Especial, H. Senador don José Maza Fernández.
- 3.—Homenaje del Senado.
- 4.—Por moción del señor Senador Dr. Alfeo Brum, se resuelve enviar un mensaje al Senado de Chile de adhesión y solidaridad con su pueblo, editándose un folleto con la versión taquigráfica de la sesión de hoy. Se vota por aclamación esta moción.

A las 18 horas y 18 minutos entran a la sala de sesiones los señores Senadores: Aguirre, Arroyo Torres, Bado, Barañano, Brena, Brum Castellanos, Charlone, Cusano, Sra. Demicheli (Sofía A. V. de), Echegoyen, Fereiro, Forteza, Gallinal, Giambruno, Gutiérrez, Martínez Trueba, Miranda, Moreno Zeballos, Zavala Muniz, Haedo, Berro y Sra. Vidal (Isabel P. de).

FALTAN:

Con aviso, los señores Senadores: Batlle Pacheco, Betelú, Canessa, Capurro, Núñez y Arcaguer y Secco IIIa.

SEÑOR PRESIDENTE.—Está abierta la sesión extraordinaria.

Los señores Senadores saben que el Senado fué convocado con el objeto de recibir al señor Embajador Extraordinario, H. Senador Maza Fernández, del Senado Chileno, que ha venido a Montevideo a representar a su país con motivo de la transmisión del mando Presidencial.

Se le va a invitar a pasar a sala.

(Entra el señor Embajador Extraordinario de Chile, H. Senador don José Maza Fernández).

(Prolongados aplausos en la Sala y en las Galerías).

SEÑOR PRESIDENTE.—Señor Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile en Misión Especial, don José Maza Fernández.

En vuestra calidad de eminente parlamentario, hoy en funciones diplomáticas extraordinarias, os recibe, señor Embajador, quien hasta ayer fué director de la política internacional del Uruguay y es hoy el Presidente de la Asamblea Legislativa de la República.

El señor Maza es un eminente ciudadano de Chile.

que nos honra en estos momentos con su visita. Estoy altamente satisfecho de darle, en nombre del Senado de la República, mi más cordial y más sincera bienvenida.

Vuestros méritos son notorios, señor Senador: en lo internacional, habéis representado a vuestro país en la Embajada Especial del Centenario del Brasil, como enviado de la Cámara de Representantes; pero en vuestra primera juventud, os tuvimos aquí de delegado al Congreso Estudiantil de Montevideo, en 1913, celebrado en Piriápolis.

Presumo la impresión que habéis guardado, después de vuestra visita juvenil, toda vuestra vida, comparando la similitud de nuestras bellezas del mar en nuestras costas del Este, con las vuestras, admirables, las del Pacífico como las de Viña del Mar, en donde hace muy poco tiempo tuve el placer de recibir la acogida chilena, cálida y caballeresca, como todas las que me fueron tributadas cuando, en mi calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, visité a Chile, hace pocos meses, en una misión que dejó en mi espíritu impresiones tan gratas como amables, señor Embajador.

Vuestro pueblo, cuya historia admira todo el Uruguay, tiene una sensibilidad exquisitamente latina, y por lo tanto, honda y humana. He podido comprobar que cuando vuestro verbo expresa que sois amigos, esa amistad preciosa es tan sincera como real.

Estoy ligado por esos vínculos recíprocos, con eminentes ciudadanos de vuestra patria, entre ellos con vuestro Presidente ilustre, el doctor Ríos, ciudadano de una calidad magnífica, porque es parco, porque es firme y a la vez expansivo y afectuoso. Así lo conocí en Santiago hace muy poco tiempo. Igual a él, vuestro Minis-

tro de Relaciones Exteriores, el doctor Fernández, que fué vuestro distinguido Embajador en Montevideo, amado y respetado en nuestra sociedad y en nuestro pueblo por sus espléndidas virtudes de hombre y de diplomático excepcional. — (Apoyados).

Señor Embajador Maza: no quiero abusar de vuestra paciencia con mis palabras, cuya excusa si son demasiado largas, debéis atribuir las a nuestra exuberante amistad hacia vosotros, los chilenos, nuestros hermanos, nuestros amigos, nuestros coterráneos de esta América magnífica que lucha material y moralmente, entera y solidaria, en esta hōra amarga, por la democracia y por la libertad de todos los pueblos del mundo. — (Aplausos).

Cuando desembarqué en tierra chilena, recuerdo haberos dicho que traía, de la travesía de los Andes, la visión grandiosa de aquel panorama y en mi espíritu el recuerdo conmovido de vuestro heroico pasado. Esas impresiones se encuentran confundidas con las de mi patria.

Nuestro punto de partida tuvo el mismo origen y el mismo destino.

Los mismos ideales guiaron nuestros primeros actos de emancipación y llevaron en su base el mismo amor a los derechos naturales de nuestros pueblos y a la afirmación de nuestras soberanías.

Desde los comienzos de la independencia hemos seguido la misma trayectoria y por idénticos caminos de progreso político y social, nuestros países deben encontrarse fatalmente a la hora de resolverse los grandes problemas americanos.

América no puede olvidar el aporte de Chile a la gestación de la independencia continental. Vuestro precursor, don José Antonio de Rojas y la espada de O'Higgins centellando al lado de la espada de San Martín fueron el aporte de la gloria chilena a la emancipación de América. Las doctrinas jurídicas de Martínez de Rozas y de Juan Egaña, representan la fecunda contribución de Chile a la estructuración de la comunidad internacional americana. Así, desde el alba de vuestras luchas por la libertad del continente, Chile abonda las raíces de la solidaridad continental. Y hoy como ayer, vuestro país es parte fundamental de esta solidaridad.

Es con estos gratos recuerdos históricos y políticos que Vucencia es acogido en este recinto del Parlamento uruguayo.

Gracias por vuestra visita y gracias también por vuestra representación diplomática en el momento de la transmisión del mando en el gobierno de la República.

Permitidme señores, que haga votos por la amistad creciente de nuestros dos países y por la grandeza y prosperidad del gran pueblo americano que representa entre nosotros, el ilustre Senador señor José Maza Fernández.

(Prolongados aplausos en la Sala y en las Galerías).

SEÑOR FERREIRO.—Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.—Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR FERREIRO.—El bloque de Senadores a que pertenezco (y que es, señor Embajador, el del Partido Nacional) me ha constituido, —honrándome—, en su portavoz para esta sesión dispuesta por voluntad

unánime del Cuerpo en homenaje de admiración y fraternal simpatía a Chile.

Una circunstancia excepcional, como es la de tener entre nosotros a un ilustre estadista del país hermano, da ocasión propicia para verter en el ademán y en la voz la expresión de estos sentimientos que vienen del fondo del corazón, que si no son ajenos, son, distintos a los medidos de la cortesía diplomática y que por falta de oportunidad ajustada para expandirse libremente actúan, por lo común, a la manera de las aguas subterráneas que sin ser notadas producen el verdor milagroso del paisaje.

Fuimos con Chile, durante trescientos años, copartícipes de una unidad política que también era unidad de sangre, de religión, de idioma, de costumbres y de ámbito territorial.

La primera se quebró a su hora porque era obra calculada de los hombres, que no sabemos hacer cosa alguna imperecedera. La segunda perdura indestructible y así seguirá por los siglos de los siglos afirmando cada vez más, en sostenido proceso natural, nuestra unión de iguales, afianzada en el común destino histórico y en la misma vocación republicano-democrática que nos compenetra en concordancia infinita.

De esa unión tan viva como espontánea porque fué sellada en la identidad de nuestros orígenes, quiero evocar una espléndida demostración del lejano pasado que si es honrosa para todos los orientales, para nosotros los que pertenecemos al Partido Nacional, tiene una especial significación porque procede de nuestro Fundador y anticipa en cada momento como cláusula de pro-

grama nuestra posición solidaria con los demás países americanos frente a cualquier ataque o agravio de que se les haga objeto por una potencia extraña.

Un día de 1846 comenzó a circular en el Continente la noticia de que con el apoyo de determinados Estados de Europa, se estaba preparando una expedición dirigida por americanos para venir a Ecuador y Perú a cambiar sus regímenes de Gobierno, estableciendo monarquías

Ante ese hecho alarmante la Cancillería de Lima se movió rápida para conocer cuál sería la actitud que asumirían los Estados hermanos si se concretase la amenaza.

Y bien: a tal consulta respondió el General Oribe en nota de febrero 5 de 1847, librada por intermedio de su Ministro de Relaciones Exteriores, de la que leo textualmente:

“Por su parte el Gobierno de S. E. el Presidente, no correspondería a sus ardorosos sentimientos americanos si pudiese un solo momento mirar con indiferencia el atentado que se prepara torpemente contra la libertad e independencia de las Repúblicas Sudamericanas. Así es que —continúa—, uniendo el suyo al grito del continente indignado, declara sin excitación que mirará como injuria y ofensa propia la que en este caso se infiriese a cualquiera de las Repúblicas de Sudamérica; que pondrá en acción todos sus esfuerzos y recursos para combatir la odiosa invasión y —cierra—, que estará pronto a correr con ellos a donde quiera que lo haga necesario el peligro común”.

Pero el antecedente que acabo de señalar debe ser

completado con la lectura de otro que en esta sala y en el presente momento, es reviste de interés especial.

Me refiero al comentario que la actitud de Oribe arrancó a la Cancillería de Chile, a cargo entonces del ilustre Camilo Vial.

Aquella fué dada a conocer al Gobierno de Santiago por oficio del de Buenos Aires y a este mismo respondió Vial en la expresiva forma siguiente:

“Por la comunicación que V. E. me ha hecho la honra de dirigirme con fecha 25 de febrero último, se ha instruído mi Gobierno de la contestación que el Exemo. Gobierno de la República Oriental ha dado a la nota del Exemo. Gobierno de la Confederación Argentina, de 21 de enero, relativa a la exposición agresora que se preparaba en España, Inglaterra e Irlanda contra la libertad e independendencia de uno o más de los Estados Americanos del Pacífico.

“En la expresada contestación ha visto mi Gobierno con suma satisfacción una nueva prueba de la unanimidad que prevalece en todas las Repúblicas Americanas, cuando se trata de la seguridad de su suelo y de la permanencia de las Instituciones que han adoptado. Los sentimientos que a este respecto ha desplegado el Gobierno Oriental son dignos de la actitud que tiempo hace ha tomado en defensa de sus derechos”.

Son hondos y datan de muy antigua época los vínculos que unen indestructiblemente a orientales y chilenos.

Nosotros no olvidamos y, por el contrario, nos place rememorar que un compatriota, don Juan Albano Pereira, fué el guía en la niñez y adolescencia, del libertador Bernardo O'Higgins.

Nosotros recordamos con muy viva satisfacción que fué en Montevideo en donde el Almirante de Chile, Manuel Blanco Encalada, abandonó la causa de Fernando VII para darse entero a la de la Patria Americana naciente y que en esa jornada inicial lo acompañó el entonces joven Manuel Oribe.

Nosotros sentimos el orgullo de saber que fué un oriental, Enrique Martínez, el oficial que encabezó el núcleo del Ejército de los Andes que libró el primer combate por la reconquista de la libertad de Chile en 1817 y no ignoramos, por otra parte, que en aquel Ejército formaron decenas de oficiales compatriotas, entre los que destacó por más conocidos, a Hilarión de la Quintana, más tarde Gobernador sustituto de Chile, a Juan Espinosa, llamado por antonomasia, "el Soldado de los Andes, a Domingo Torres, después de larga actuación como militar y político en el país hermano, a Ventura Alegre, a Eugenio Garzón, a Antonio Saturnino Sánchez, a Juan y Lino Ramírez de Arellano.

Nosotros sabemos y de ello nos agrada hacer memoria, que en el remoto pasado, muchos compatriotas nuestros fueron a Santiago a recibir sus borlas doctorales en la prestigiosa Universidad de San Felipe; así es el caso de Pedro y Tomás García de Zúñiga, de Bruno Rivarola, de Francisco Llambí

Estos orientales y otros que renovaron desde la segunda mitad del siglo anterior (recuerdo de entre ellos a Juan Zorrilla de San Martín, Carlos Berro y Luis Piñero del Campo), esa corriente de estudiantes, truncada por la Revolución y los trastornos consiguientes a la organización nacional, cimentaron una tradición.

por cierto bien justificada, acerca de la seriedad de los estudios en Chile y atrajeron nuestra atención permanente hacia sus publicistas, especialmente en materias jurídica e histórica.

Es así que nos son familiares los maestros de Derecho Constitucional Chileno, desde Lastarria hasta Izquierdo, pasando por Huneeus, Roldán, Guerra y (con especial placer lo señalo), al señor Embajador Maza, co-autor de la excelente Constitución del 25 y de un trabajo clásico sobre Sistemas Electorales.

Es así igualmente que en Andrés Bello iniciamos nuestros estudios metódicos y regulares del Derecho Internacional. Y en Chacón los de Civil, que continuamos en Fabres, en Borjas y en Vera y actualmente en Barros Errázuriz, Claro Solar y Alessandri Rodríguez.

Señor Embajador:

Llevar a vuestra ilustre patria, con los votos que formulo por su creciente prosperidad y grandeza, la certeza incommovible de que entre los orientales ella sólo tiene firmes y fieles amigos.

(Prolongados aplausos en la Sala y en las Galerías)

SEÑOR GALLINAL.—Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.—Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR GALLINAL.—Señor Embajador de la República de Chile, señor presidente, señoras, señores Senadores: la representación del Partido Nacional Independiente en el Senado, se asocia fervorosamente al homenaje que se tributa al ilustre Embajador del Senado de Chile, señor José Maza Fernández.

Chile y el Uruguay, como todas las naciones que forman la comunidad de las Repúblicas de hispano-américa, nacieron bajo los signos gemelos de la libertad y de la democracia. Para afianzar la libertad y la democracia en lo interno de nuestros solares, hemos luchado durante un largo siglo, en el cual hemos conocido todas las vicisitudes, hemos atravesado por horas de amargura; pero llegamos a este momento tremendo para la vida de la humanidad sintiendo que los esfuerzos de nuestros antecesores no han sido estériles, porque en este momento crucial de la vida internacional, la comunidad moral de las Repúblicas de hispano-américa, Chile, el Uruguay, todas las naciones hermanas constituyen en su conjunto magnífico, uno de los grandes focos que mantienen encendidas la libertad, la democracia y la esperanza en el mundo.

En nuestra trayectoria histórica ni una sola sombra ha empañado jamás la amistad fraternal que ha vinculado al Uruguay con la República de Chile! La estrella de Chile siempre ha derramado su luz por los grandes caminos de la justicia internacional y en ellos sus resplandores se han confundido con los reflejos de nuestro sol uruguayo.

Chile, es hoy un hogar de paz donde no caben ni las ambiciones malsanas ni los odios raciales que perturban y desgarran al mundo, ni tampoco los despotismos envilecedores que jamás podrán echar raíces profundas en tierra americana.

Chile es una nación que ha vivido consagrada a acrecentar su cultura, a enriquecer su patrimonio material y espiritual. Ha luchado y lucha, también, por edi-

ficar cada día más una civilización asentada sobre la justicia social: porque no hay ninguna civilización perdurable, si ella se pretende edificar sobre el dolor y la miseria de la inmensa muchedumbre.

Juntos vamos, pues, desde los orígenes marchando fraternalmente por las grandes rutas de la historia: vamos hacia la libertad, vamos hacia la democracia, vamos hacia el reinado del derecho.

Esta tremenda contienda que desgarró al mundo, ha sido una hora solemne para Hispano-América. Vivimos hasta ahora dedicando casi todo nuestro esfuerzo a la edificación en lo interno; ahora, en medio del fragor de estas grandes batallas, levantamos, también, la cabeza par ser obreros en el orden internacional. Para serlo, es preciso que seamos unidos, que nuestra solidaridad se estreche cada día más, porque unidos somos una fuerza magnífica que puede dar una contribución magnífica para levantar el futuro orden del mundo. Nos unen las glorias del pasado, las luchas del presente y los ideales del porvenir.

Señor Embajador: hago votos por que la prosperidad material y espiritual, la riqueza, la cultura, continúen derramándose pródigamente sobre el solar hermano de Chile y por que en la hora que se acerca de la paz y de la renovada vida del derecho, Chile junto con nosotros contribuya a derramar esas riquezas que ha logrado y atesorado con su largo esfuerzo secular, para enriquecer con ellas, también, a la humanidad tan necesitada de esos bienes supremos.

(Muy bien. Apoyados).

(Aplausos en la Sala y en las Galerías).

SEÑOR ZAVALA MUÑIZ.—Pido la palabra.

Señor Presidente, señor Embajador:

La bancada batllista me ha colmado de honor al designarme para dirigiros la palabra, para expresaros el regocijo fraternal con que os recibe en este recinto; regocijo porque representáis a un Gobierno democrático de un gran pueblo, al que amamos y admiramos.

Fraternidad de americanos y de hombres; fraternidad que en nuestro partido, improvisa ahora sólo palabras para saludaros, señor Embajador; improvisa palabras de un espíritu permanente en nuestra historia. Oíd, pues, más que mis palabras, nuestra propia historia que os habla y saluda; historia que comienza con la figura de Batlle proponiendo una ley internacional que hiciera posible la justicia entre los pueblos, y que se alza con Baltasar Brum, proponiendo la solidaridad americana por la democracia entre los pueblos, y así luchó y murió entre nosotros, por la democracia de su pueblo.

Es con este espíritu, señor Embajador, que la bancada batllista os recibe y os saluda. Y recuerda en su regocijo que el origen de nuestras patrias en las luchas por la libertad, es un mismo origen: nacieron de las multitudes y por las multitudes fueron hechas; nacieron de la libertad, por la unión de los pueblos de América solidarizados en el ideal, en la sangre y en el sacrificio.

Os saluda la bancada batllista en la seguridad, señor Embajador, de que este origen asegura para América un dichoso destino. Nos encontrará, a vuestra tierra y a la nuestra, unidas por la historia, luchando en el

porvenir hasta el sacrificio por la libertad y por la justicia.

Tened a bien decir, señor Embajador, al ilustre Cuerpo del cual formáis parte, que en cualquier hora del destino de Chile, aciaga o feliz, sonará entre nosotros, con dolor o con júbilo, como suena ahora cuando vuestro pueblo está representado por un gobierno democrático, con júbilo americano, que es también esperanza de libertad y seguridad de justicia.

(Muy bien. Aplausos en la Sala y en las Galerías).

SEÑOR CASTELLANOS.—Pido la palabra.

Excelentísimo señor Embajador:

A las palabras de saludo y bienvenida que habéis escuchado, quiero añadir las muy cordiales de la bancada blancoacedista, cuya representación me honro en invocar en este acto.

No sois, señor Embajador, un extraño para nosotros.

No lo sois, ni por lo eminente de vuestra personalidad, ni por vuestra calidad de chileno, que ya os confiere título más que saneado para obligar al afecto de todos los uruguayos.

Ni siquiera por no ser esta la primera vez que venís a nuestro país.

Habéis visitado nuestra capital en distintas oportunidades, y habéis dejado en esos viajes, muchas amistades que—seguro estoy—han tenido en estos días gratas revivificaciones.

Pero yo me aventuro a decir que, en esta visita con que hoy nos honráis, investido de tan alta representación, habréis advertido que palpita en nuestro ambien-

te, algo nuevo, algo distinto a lo que había antes. Algo, que no obstante parecer inasible, se capta en seguida, porque se intercala con alientos poderosos de cosa positiva, y es el sentimiento de una más viva confraternidad para con todos los países de nuestra América, entre los cuales, Chile, figura sin duda entre los dilectos.

La tragedia que está viviendo el mundo, nos trae día a día un saldo de amarguras y de horrores; pero en medio de este panorama, vemos cómo, para estímulo de nuestras naciones jóvenes, nuestro continente va alcanzando la más alta importancia y significación.

El universo entero se bate hoy en un lucha sin cuartel.

Principios substanciales para el hombre y para los pueblos, han sido torpemente agredidos, buscando con ello el arrasamiento de todo lo que es derecho y lo que es justicia.

En tal conflicto a muerte, nuestra América ha sabido tomar posición, y esta posición no es otra que la que lleva a militar bajo las enseñas sagradas de las democracias.

Tal hermandad de sentimientos constituye hoy el más poderoso aglutinante, y es así que hay conciencia plena de que nos encontramos unidos en nuestro continente, para luchar por el triunfo de una causa generosa, que responde a nuestra vocación de pueblos libres.

En una página inmortal de Platón, figura resumida la más noble conducta ciudadana y es en el episodio final del Criton, cuando Sócrates, por acatamiento a

la ley moral y a la ley escrita, rehusa huír de la prisión, donde le espera la muerte.

Sócrates no oye en ese instante, otro llamado que el de su conciencia, tal—según sus palabras—como los iniciados en los misterios de los Corybantes, que sólo eran capaces de escuchar los sonos de las flautas sagradas y quedaban sordos a toda otra melodía.

También los países—en ese plano de la conciencia colectiva—saben oír en las ocasiones solemnes, esas voces que son para ellos como un imperativo categórico.

Y así hoy, los pueblos de nuestra América, entre los cuales hemos de incluir con orgullo, señor Embajador, al vuestro y al nuestro, no escuchan en esta hora, otra voz que aquella que nos habla de la defensa de nuestro ideal de libertad y democracia; y esa voz tiene el mismo hechizo y poder de aquellas melodías sagradas que escuchaban los iniciados en los misterios de los Corybantes, de que nos habla Platón.

(Muy bien. Aplausos en la Sala y en las Galerías).

SEÑOR GIAMBRUNO.—Pido la palabra.

Señor Presidente, señor Embajador:

El Partido Colorado, en cuyo nombre hablo, quiere también expresar su saludo de bienvenida a uno de los más altos valores parlamentarios de la gran República hermana de Chile, lo que nos da y nos proporciona la ocasión de repetir lo que, como legislador y como Ministro, he tenido muchas veces el placer de exaltar los valores morales y materiales de la República chilena.

El Gobierno del General Baldomir, representando al Poder Ejecutivo tuvo ocasión de exaltar los valores primarios y permanentes de la gran República andina,

en ocasión de asistir a la ceremonia por la cual, un gran Presidente desaparecido, el Dr. Aguirre Cerda, brindaba a la escuela que lleva el augusto nombre de Chile, una placa que rememora ese episodio generoso de ese gran Presidente, cuyos valores espirituales aún iluminan los caminos inmaculados de América, que ha producido con su reforma agraria valores estimulantes para el progreso de Chile.

He tenido, también, el placer y la satisfacción, como Ministro de Instrucción Pública, de firmar, con el gran Presidente Baldomir, el mensaje estableciendo la erección del monumento al gran varón de la historia emancipadora de Chile, me refiero al General O'Higgins, que dentro de poco en nuestra ciudad, alumbrará también, junto a los grandes próceres de América, para platicar con ellos sobre las grandes obras que fecundarán los destinos inmortales de nuestro continente.

Me es pues muy grato, señor Embajador, saludaros, porque además de los títulos primarios, representáis por vuestra biografía, los títulos más codiciados de la cultura auténtica chilena.

Vemos, pues, por lo que acabo de expresar, y por lo que han dicho los representantes de los sectores partidarios del Senado, que estos grandes hombres son la expresión de la briosa democracia chilena, cuya afirmación, cuyas conquistas están alentando las esperanzas de una América unida en los propósitos y tonificada en sus decisiones colectivas.

Chile conserva y cuida los elementos de su autonomía moral. No basta que los pueblos defiendan sus fronteras materiales. Suele ser preciso que vigilen sus

límites espirituales contra infiltraciones perniciosas, para la definitiva afirmación de la nacionalidad.

Bien está, pues, el país amigo en su actitud de defensa de sus altos intereses, en su sabia política agraria y minera, en la propulsión de sus industrias fundamentales.

De vuestra tierra he dicho, con motivo de un homenaje realizado a vuestro augusto Canciller, entonces Embajador de vuestra patria en el Uruguay, he dicho, repito, que estaba suspendida como una espada sobre el flanco de esta América, simbolizando un celoso custodia del Continente de la Esperanza y de la Paz.

Llevad, señor Embajador, a vuestro país ilustre, nuestro saludo. A ese país vuestro que se alarga entre dos inmensidades: la de la cordillera y la del mar; entre las espumas del océano de movedizo encaje, y la casta blancura de las eternas nieves. Esa fecundidad de vuestros valles enclavados entre esas dos purezas hechas ambas de límpidas aguas, me parece un símbolo: el de la prosperidad presente que se agiganta entre la dignidad del ayer y el ideal del mañana.

Que sobre su destino permanezca alta y guiadora la estrella que preside, como un augurio, la gracia y el honor de vuestro pabellón.

Estas son las palabras que en nombre del Partido Colorado, os transmito, señor Embajador.

(Muy bien. Aplausos en la Sala y en las Galerías).

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Embajador.

SEÑOR EMBAJADOR DE CHILE, H. SENADOR DON JOSE MAZA FERNANDEZ. — Señor Vice-

presidente de la República y Presidente del Senado. Señoras y señores Senadores. Señoras y señores:

Yo ruego a Su Excelencia que me permita suplicar a los colegas se sirvan sentarse, para poder tener mayor libertad y no pensar que estoy sacrificándolos de pie.

SEÑOR PRESIDENTE.—Muchas gracias.

SEÑOR EMBAJADOR DE CHILE, H. SENADOR DON JOSE MAZA FERNANDEZ.—He escrito, señor Presidente, algunas cuartillas. Las escribí porque temía que en el fuego de la improvisación, me extendiera demasiado y os fatigara demasiado. Las escribí, porque temí que al evocar actos que a mi se refieren y que al Uruguay agradezco, la emoción no me dejara hablar a gusto.

Pero aunque las tengo escritas y las voy a leer, ante esta acogida, ante esta forma como el señor Presidente y los señores Senadores de los distintos partidos reciben mi presencia, esta forma que yo acepto para mí—porque en este momento mi persona se diluye ante el cariño enorme que Chile tiene por el Uruguay—, no puedo, señor Presidente, sino decir una palabra vulgar, una palabra sin reemplazo: gracias, gracias, señores Senadores por esta acogida; gracias, señor Presidente, por vuestras palabras. Vos sabéis, vos habéis sentido cómo se aprecia en mi tierra al Uruguay, y vos sabéis cómo también se os admira, porque durante un lustro fuisteis el Canciller punta de lanza que abrió brecha en los caminos de la Democracia Internacional Americana.

Vamos a las cuartillas.

Al cumplir el encargo honroso que me ha conferido el Senado de Chile para saludar al Senado del Uruguay, no puedo desentenderme de mi personal simpatía por la nación hermana que visito de nuevo, a cuyos filósofos, pensadores y poetas, a cuya tradición heroica y a algunos de cuyos ilustres representantes en Chile, me ligan lazos de admiración, de cariño y de gratitud.

Cuando el sentimiento personal es grande y embarga el alma, rebalsa el pensamiento y prima sobre el mandato que se tiene. Me permitiréis y me perdonaréis, entonces, que comience por manifestar mis afectos íntimos a la Nación, al pueblo, y a los hombres de este país.

Un día, hace algunos años, cuando se podía viajar en paz y alegremente por el mundo, vagaba por la ciudad de Roma, y al desembocar por una calle a una plaza, cuyo nombre no recuerdo, quedé estático contemplando a un Moisés de mármol que reflejaba la blancura eterna de su figura milenaria en las aguas tranquilas de una fuente cristalina. Al retirarme, alguien me dijo que dejara caer unas monedas en la fuente para contar con la certeza de que regresaría a Roma y volvería de nuevo a contemplar cómo se estremecía la alba barba del Moisés de mármol en el cristal de la fontana. Tiré las monedas, pero el sino no se ha cumplido.

Hace más años aún, cuando todavía mi alma de estudiante estaba caldeada por la llama fecunda del inspirado Ariel, quiso mi buena suerte que llegara hasta el Uruguay, presidiendo una misión estudiantil, para asistir a un campamento de estudiantes, en el balneario de Piriápolis.

Entonces, sin saber del embrujo del Moisés de la fontana de Roma, vacié aquí el oro más puro de mi espíritu en frases de emocionada fraternidad; y ahora, cuando el ocaso de mi vida inicia sus arreboles, quiere mi buena suerte que los nexos espirituales que dejé prendidos a esta tierra, me traigan de nuevo a ella para admirar su progreso, para empaparme de su vitalidad fecunda, para rendirle el homenaje de mi admiración y para vaciarle lo mejor de mi esperanza.

El embrujo del divino Moisés no ha podido cumplirse en Roma, pero se ha realizado en esta brillante Atenas de la América

Aunque la juventud de mi país capte fuentes de inspiración en pensadores de otros mundos y en pensadores de otros países de este mundo de América, no cabe para mí duda alguna de que la toma perfectamente de ilustres escritores uruguayos que han tenido y tienen penetración espiritual especial en su formación ideológica.

Y son tan familiares como los nuestros, pensadores como Rodó, cuya obra tiene la majestad de una montaña, poetas como Zorrilla de San Martín, tratadistas como Jiménez de Aréchaga, novelistas como Reyles, filósofos como Vaz Ferreira, poetisas como Juana de Ibarbourú y dramaturgos como el bohemio genial de Florencio Sánchez.

No sé si esta preferencia se debe a algún lazo espiritual oculto que nos hace contemplar a través de la distancia a los hijos de la Banda Oriental como hermanos de nuestra propia tierra; no sé si hay en la manifestación del pensamiento de los autores uruguayos algo

que interpreta mejor nuestros particulares anhelos; no sé si sea mi propio espíritu que influenciado por simpatía especial me haga imaginar así las cosas. Pero, si esto y no lo anterior fuera lo exacto, justificación sobrada tendría mi atrevida aseveración, porque ella se formula a través de un inmenso sentimiento de emocionada gratitud.

Voy a explicarme.

No hace muchos años. Perdón! deben hacer muchos años, porque ya los tengo olvidados, en situación política especialmente grave para mí, cuando por defender los sagrados principios de la libre manifestación del pensamiento del hombre civilizado, temí ser detenido antes que se me dejara exponer por mí mismo mi defensa ante el Tribunal llamado a votar mi desafuero, creí que era indispensable demandar asilo para abandonarlo cuando pudiera concurrir sin presiones a ese Tribunal. En esa ocasión, un solo nombre acudió a mi mente: el Uruguay, y en su Legación encontré asilo y más que asilo encontré amistad, y más que amistad, encontré comunión de pensamiento en la defensa de un principio consagrado en la Convención de Montevideo.

Séame permitido, entonces, aprovechar esta ocasión solemne, especialmente solemne para mí, para renovar, el homenaje de mi gratitud al país que me asilara, y del que era representante de Chile, el Excmo. Sr. don Eugenio Martínez Thedy, el caballero sin igual, que en unión de su amable familia hizo suaves mis momentos de dolor ciudadano, supo alentarme con la fe de su convicción y contribuyó a fortificar mi espíritu con el bálsamo de su generosa comprensión.

Excusadme, señores, este desahogo personal, probablemente reñido con la formalidad del acto; pero seguramente encuadrado en la amplia tolerancia de vuestro espíritu cívico.

Las instituciones fundamentales de mi país, y principalmente su S. E. el Presidente de la República de Chile, el Exemo. señor don Juan Antonio Ríos, han decidido dar a las relaciones de amistad que Chile mantiene con las demás naciones del continente, un carácter más relevante y acentuado que el permitido por las modalidades establecidas para épocas normales. Los acontecimientos transcendentales en cuyo desenvolvimiento estamos participando, han modificado en gran parte los conceptos y normas que regían esta materia.

La noción un poco indeterminada de panamericanismo político es reemplazada por una concepción precisa y dinámica de panamericanismo solidario que transforma rápidamente las bases sobre las cuales descansaban hasta ahora los nexos espirituales, morales y jurídicos que unen a las repúblicas del hemisferio. A esta transformación de fondo deben corresponder formas de exteriorización más expresivas y un aprovechamiento más agudo de las oportunidades que ofrece la vida internacional

Por eso, el Presidente de Chile, secundado por el Senado de la República, ha querido aprovechar la oportunidad de la transmisión del mando presidencial del Uruguay, que está unido a Chile por una tradición de amplia y cordial solidaridad, para enviar una misión especial que exteriorice ante las naciones americanas que en esta trasmisión están representadas, un sentido

simbólico y trascendente de afirmación de fe en los principios que informan nuestra concepción de la convivencia humana.

Nuestra misión es portadora, en primer término, de las congratulaciones de la nación chilena por la celebración de este acto trascendental en la vida democrática de un pueblo en que un mandatario de las calidades sobresalientes del Excmo. señor Baldomir, hace entrega, en forma regular del mando supremo de la Nación, al no menos prestigioso y ponderado ciudadano, Excmo. señor Juan José Amézaga, que para nosotros simboliza, además, al hombre de derecho que ha sabido luchar por los principios democráticos de una República representativa y por los procedimientos de pureza electoral que garantizan el correcto ejercicio de la libertad política, base primordial para el progreso colectivo y para el engrandecimiento nacional.

Es portadora, también, de los fervientes votos que Chile formula por que del contacto ocasional que las misiones de América tienen en estos momentos en la bella capital hispano americana del Atlántico, salga fortalecida y adquiera rumbo definitivo la nueva forma de panamericanismo solidario que se siente pesar como un acontecimiento que toma vida perdurable y que tendrá influencia incontrarrestable en los futuros rumbos del entendimiento de las naciones del mundo.

Las guerras de la emancipación política americana obedecieron a un impulso común que no reconoció fronteras e hizo nacer en sus propulsores la idea magna de un panamericanismo que tendía a la formación de un gran conglomerado de la América hispana, análogo al

que había conseguido la América sajona y al que mantuvo la América lusitana.

Ya en 1797, el precursor Miranda, al fundar la Sociedad Política conocida con el nombre de “La Gran Nación Americana”, echó las primeras bases de esta idea, que era o pasó a ser común en todos los prohombres de la época.

Egaña, en Chile, al redactar en 1810 un “Proyecto de Declaración de Derechos del Pueblo Chileno”, expresó que “los Estados de América deben unirse para su seguridad externa contra las potencias de Europa”. La Constitución preliminar de Chile propuso una ciudadanía continental, la constitución de un Congreso Nacional de América y la adopción de una forma de unión y seguridad recíprocas.

Chile practicó este principio de la ciudadanía continental, al designar, en 1817, Director Supremo Interino al uruguayo don Hilarión de la Quintana, nacido en San Fernando de Maldonado.

Inspirado en los mismos propósitos, nuestro gran Bernardo O’Higgins, dijo el 5 de mayo de 1818 en su manifiesto al pueblo que “la operación simultánea de nuestras fuerzas... determinará si es posible formar en el continente americano, una gran Confederación”.

Ese mismo año Bolívar escribió a Pueyrredón, Director Supremo de las provincias unidas del Río de la Plata: “Nosotros nos apresuramos con el más vivo interés para afianzar de nuestra parte, el pacto americano que al constituir un cuerpo político con todas nuestras repúblicas, presentará al mundo una América con un aspecto de majestad y grandeza sin paralelo entre las

naciones mayores. América, unida de esta manera, puede llamarse reina de las Naciones y madre de Repúblicas". Y en 1821, desde Nueva Granada, escribió a O'Higgins para dar seguridades de que los ejércitos de Colombia estaban por marchar al Ecuador para ayudar al ejército chileno-argentino enviado para libertar al Perú.

Finalmente, para no dilatar las citas, Artigas, el Libertador Uruguayo, en su "Ordenanza del Corso Marítimo", comulga en las mismas ideas, a fin de que ninguna de las Naciones de América pueda ser objeto de invasiones extranjeras.

En suma, desde aquellos días gloriosos de la emancipación americana, como lo expresó el Libertador del Norte, "América no es un problema, ni un hecho siquiera: es un decreto soberano, irrevocable, del destino".

Sin embargo, con posterioridad a este acontecimiento auspicioso, hechos de distinto orden y egoísmos de distintos géneros, hicieron que las repúblicas americanas fueran acentuándose en su diferenciación en vez de diluirse en su unión. Pero la idea matriz, la gran idea de panamericanismo político fué siempre mantenida, a tal extremo que en el Congreso de Chile, al celebrarse el centenario de nuestra independencia, Rodó dejó caer desde la cima de su grandeza, esta solemne admonición: "Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir, y no se ajuste a la preparación de ese resultado, será una política vana o criminosa".

Los distintos Congresos internacionales panamericanos, las continuas reuniones estudiantiles, las confe-

rencias científicas, las misiones que en visita constante se han cruzado por los países del continente, mantuvieron siempre latente este espíritu que simboliza un alma especial de la América toda.

Sin embargo, ha sido necesario que un acontecimiento externo haya hecho sentir a las mentes americanas el peligro a que por desunión podían exponerse y le hayan hecho comprender el poder espiritual y moral que significa su unión, para que haya nacido y se fortalezca esta nueva orientación del panamericanismo solidario que nos hará pesar en los destinos del mundo, más que como numerosas repúblicas que rivalizan, como un solo continente que se impone.

Por lo demás, este nuevo rumbo cae como un hecho que ya no es posible ignorar, porque hiere la retina y es el paso obligado en el paulatino desenvolvimiento del progreso y de la civilización.

En efecto, a la lucha del hombre contra el hombre, sucedió el conglomerado de la familia, de la tribu, del pueblo nómada, del pueblo arraigado a la tierra, de la ciudad, de la provincia, del estado feudal, de la nación.

Con el afloramiento de las naciones, se forjó y se extendió el egoísmo económico, pero surgió también en Inglaterra, en Norteamérica, en Francia, en América del Sur, en el mundo, el principio de libertad, del respeto a la persona humana, la expansión sin trabas de la inteligencia, que no debe aceptar diques ni puede tolerar supremacías ni esclavitudes.

Ahora, se divisa la aurora del intercambio entre continentes, y esta nueva orientación del desarrollo de la civilización humana, no puede encontrar retrasada a

la América, que siempre ocupó un puesto en la avanzada.

Debemos prepararnos, pues, para esta lucha futura del mundo que significará, quizá, la etapa definitiva de su desenvolvimiento, en que imperará, por fin, la verdadera fraternidad humana.

No es posible concebir que la tragedia titánica que estremece al planeta, sea solamente la nueva antesala de una nueva tragedia mayor. Por el contrario, es necesario que la inteligencia democrática comprenda y se esfuerce en situar ésta, como la culminación final de todas las conmociones humanas anteriores; y comprenda y se esfuerce en obtener que el resultado de este gigantesco sacrificio, sea la integración eterna de la personalidad del hombre, conforme a los adelantos portentosos de la ciencia, que debe sobrepasar los planos materiales para abarcar ampliamente la región del espíritu.

¡Saludamos al ciudadano de América, como precursor del ciudadano del mundo!

Desde estos puntos de vista, estimamos que las naciones de América deben olvidar fronteras y ampliar comunicaciones, deben posponer egoísmos que ya no tienen significado, y deben dar libre desarrollo al incremento de sus productos nobles que les permitan completar su riqueza, sin rivalidades mezquinas.

Sólo así la América se presentará como es en realidad, un gran conglomerado solidario que se completa económicamente, sin emulaciones políticas entre las naciones que lo componen.

Al Uruguay, por su independencia espiritual, por

su permanente avance en la conquista de los ideales americanos, por la capacidad de sus estadistas, por la comprensión de su pueblo, le está señalado el papel de guía y de precursor.

Ante este imperativo que le impone el porvenir de América, la delegación de Chile se inclina respetuosa.

Cumplo, finalmente, señores, con el encargo especial del Senado de la República de Chile, de presentar al Senado del Uruguay sus votos más cordiales por el creciente desarrollo y por la marcha no interrumpida de la grandeza y de la tranquilidad de la República Oriental del Uruguay.

(Muy bien. Prolongados aplausos).

SEÑOR BRUM.—Pido la palabra.

Antes de terminar esta sesión, señor Presidente, considero oportuno, a fin de testimoniar, más aún, nuestra simpatía al noble y libre pueblo chileno, tan dignamente representado en esta sesión, aprobar dos mociones: la primera consistiría en que se envíe un mensaje al prestigioso Senado de Chile, de adhesión y solidaridad con el pueblo hermano chileno, con motivo de la grata visita al Senado del Uruguay, del Embajador Extraordinario, H. Senador de Chile, don José Maza Fernández.

La otra moción, consistiría en autorizar a la Mesa para editar un folleto con la versión taquigráfica de la sesión de hoy.

SEÑOR ZAVALA MUNIZ.—Que se vote por aclamación, señor Presidente.

(Apoiados).

SEÑOR PRESIDENTE.—Quedan aprobadas ambas mociones por aclamación.

Antes de dar por clausurada esta sesión, deseo agradecer en nombre del Senado de la República y en nombre del país, los términos tan amables, y tan afectuosos, con que se ha expresado del Uruguay el H. señor Senador Maza Fernández, y reitero los votos de prosperidad que he formulado por la nación chilena que es una gran hermana nuestra y es una gran nación de América.

(Muy bien. Muy bien).

—Queda terminado el acto.

(Son las 19 horas y 20 minutos).

